

DISCURSO DEL SEÑOR LIC. DON CECILIO
GONZÁLEZ MÁRQUEZ, PROFESOR DE LA ESCUELA
LIBRE DE DERECHO, EN LA CEREMONIA
DE INAUGURACIÓN DE CURSOS 2003-2004

Muy estimado señor Rector, licenciado Mario Becerra Pocoroba,
Señores miembros de la Junta Directiva,
Señor Secretario General, licenciado Pedro Barrera Ardura,
Profesores y alumnos de nuestra Escuela,
Señoras y señores:

Es para mí un honor dar la bienvenida, en el inicio de cursos del año lectivo 2003-2004, a la comunidad académica en general, a los alumnos, especialmente de nuevo ingreso, a esta nuestra querida y reconocida Escuela Libre de Derecho. Les deseo a todos el mayor de los éxitos en la institución, así como un horizonte de propósitos cumplidos en la vida personal.

Para maestros y alumnos es siempre un motivo de gozo comenzar un año más de gestión y formación académicas, no sólo porque constituye una muestra clara de progreso, de madurez y renovación personal y profesional, sino porque representa el ciclo de la vida, la rueda de la germinación, donde somos los que estuvieron ayer y somos también los que ahora estamos. Incesantemente. Como la historia, así es cada inicio de año, cada clase que comenzamos, cada curso y cada tema, cada alumno y cada uno de sus maestros, como *La Odisea* de Homero, donde encontramos y encontraremos algo distinto cada vez que la abrimos.

En este inicio de año los invito a descubrir esta Casa de Estudios más allá de sus aulas. A encontrarnos con lo nuevo que nos depara día con día. Los invito a estudiar, a fondo, a practicar el lenguaje sin

Logos de los aprendices y la lengua culta de los que han dedicado una vida a enriquecer el acervo determinante de las materias que nos ocupan. Los invito a devorar bibliografía, libros y libros, sin olvidar que la palabra “Ley” se escribe sola, se escribe con el peligro, con la verdad terrible de cada cosa, con su esencia que es la justicia.

Hoy, coincidentemente, junto con el inicio del año lectivo 2003-2004, reinauguramos las instalaciones de la Escuela, fruto de la inteligencia y dedicación generosa de voluntades y talentos. Resultado de la previsión y administración eficiente de la Junta Directiva encabezada por nuestro querido y distinguido Rector, licenciado Mario Becerra Pocoroba. Tengo la convicción de que este renovado edificio, hoy de primer mundo, será un estímulo adicional a la hora de impartir y recibir las cátedras de derecho, que son la razón de ser de nuestra Escuela. Entre una y otra construcción —la de la Escuela y la del alma de sus estudiantes—, habremos de contribuir a forjar juntos un destino mejor para el México de nuestro tiempo, atenazado entre la realidad de sus instituciones fundamentales y el anhelo de incorporar en su seno el espíritu de la ley.

Sin duda, vivimos circunstancias difíciles y complejas en el mundo globalizado. Muchas veces desalentadoras, porque el lado oscuro de la vida laboral, social y política no abre la oportunidad de asomarnos con algún grado de certidumbre a la salida del laberinto. Es ésta la realidad para miles de millones de personas en el mundo. Pero así también es una realidad que la ley y el espíritu de la ley pueden llegar a ser, como se dice, el hilo de la fábula. El hilo que Ariadna dejó en la mano de Teseo para que éste ahondara en el laberinto y encontrara la salida.

Es cierto, sin embargo, que hoy parece como si el hilo se hubiese perdido y ni siquiera sabemos si nos rodea un laberinto o un caos azaroso. Mas nuestro deber consiste en encontrar el hilo —para eso estamos aquí en esta Casa de Estudios— y no daremos con él a menos que perseveremos en las palabras que se llaman ética, filosofía y derecho, de la mano con el ir y venir de las civilizaciones.

Con un acervo ya importante en estas materias inician muchos de ustedes su carrera profesional en nuestra institución. Y lo hacen, seguramente, convencidos de la solidez que ella representa, orgullosos de su prestigio y la excelencia que ha cultivado a lo largo de su fecunda historia, animados por la inteligencia y el amor que ha puesto

en sus empeños una pléyade de distinguidos maestros y alumnos que nos han precedido. Hoy es nuestro deber también continuar su obra con entusiasmo, compromiso y dignidad. Digamos en su homenaje que si alguna vez soñaron que alguien podría soñarlos, ese alguien somos nosotros que hoy invocamos sus nombres con reconocimiento y gratitud.

Permítanme, por último, algunas sugerencias a manera de conclusiones:

Primera:

Empezar cualquier tarea, grande o pequeña en la vida, con un fin claro en la mente. Digamos: con objetivos a corto, mediano y largo plazos, puesto que todo triunfo que se alcanza empieza siempre como un proyecto a realizar.

Metas ambiciosas, sustantivas y trascendentes. Sin olvidar que la fórmula que dice: “querer es poder”, no significa pasar por alto el esfuerzo inteligente, el conocimiento preciso, la dedicación constante y una planeación eficaz.

Segunda:

Recordar que todo trabajo lleva al calce la firma con nuestros nombres y apellidos. Lo cual, lejos de ser un acto decorativo, constituye el sello que ha de caracterizar lo que está bien hecho, garantizado porque está hecho por la persona cuyo nombre se encuentra al calce. Hablo en este caso de compromiso con la tarea emprendida. De donde nace lo que llamamos aportación al prestigio de nuestra Escuela, fincada en una impronta insustituible por lo que tiene de original, inédita y personal.

Tercera:

Aprender y comprender, armados con el arte de escuchar, profundizando y cultivando la razón, el libre juego de las ideas y la pasión por lo concreto. Al cabo, nos espera siempre una tarea práctica: contribuir a la reestructuración del tejido social, lastimado por las formas diversas que asume la degradación política y moral.

— Aprender y comprender el vasto universo del derecho, doctrinas y decisiones (tesis y jurisprudencias). Aprender y comprender el juicio crítico y bien fundado, para consolidar lo que contribuye a fortalecer la convivencia social, así como para superar sus debilidades.

— Aprender y comprender en el trabajo compartido de alumnos y maestros, en la sinergia virtuosa del estudio y la reflexión de cara a las necesidades de justicia de la gente.

Y por favor, no le copien a nadie. Sean ustedes mismos. Cada uno, con su vocación abierta para escribir en persa, en sánscrito o en arameo, cada uno con su griego a medio aprender o su latín todavía borroso. Por fortuna, aquí llegamos inacabados, dispuestos a trabajar con la humildad de la piedra, a poner amor y más amor en la tarea emprendida. Al fin que a esto vino el hombre al mundo, a inscribirse en el número de los justos de acuerdo con la ley.